

Javier Gomá, Carlos García Gual
y David Hernández de la Fuente

EL ESTOICISMO ROMANO

Séneca, Epicteto y Marco Aurelio

arpa

SUMARIO

SÉNECA	
Javier Gomá	9
EPICTETO	
Carlos García Gual	77
MARCO AURELIO	
David Hernández de la Fuente	113
SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA	167

SÉNECA

Javier Gomá

Una semblanza inicial de Séneca, en la que simplemente se pongan juntos sus méritos más sobresalientes, bastará para que salte a la vista de cualquiera el carácter extraordinario de su figura.

Séneca fue el político más eminente de su tiempo; uno de los ciudadanos más ricos del Imperio; el orador más brillante de toda la historia romana con Cicerón; el único escritor que, en la extensa literatura latina, cultivó a la vez la prosa y el verso; autor de las únicas tragedias latinas que conservamos; maestro del estilo que revolucionó la prosa latina y dio lugar al posclasicismo en la literatura; el filósofo con más nombre del pensamiento latino hasta san Agustín; educador de un rey, Nerón, como Aristóteles lo había sido de Alejandro Magno; principal teórico del Imperio como forma política, y, finalmente, el primer hispano de fama universal.

Cada uno de estos diez méritos por separado hacen de Séneca alguien muy notable; juntos, lo convierten en un gigante.

La posteridad europea ha conservado su recuerdo hasta hoy. Los cristianos lo consideraron suyo —«Seneca saepe noster», escribió Tertuliano— y se inventaron una correspondencia de trece cartas entre Séneca y su contemporáneo judío, san Pablo, que todavía san Agustín tomó por auténtica. San Jerónimo, autor de *De viris illustribus*, le dedicó una biografía. Un milenio después, Petrarca le dirigió una de sus *Cartas familiares* (xxiv 5), declarándole su admiración y tomándolo como modelo, aunque también afeándole algunas de sus contradicciones. Montaigne se declaró partidario acérrimo en «Defensa de Séneca y de Plutarco» (*Ensayos* II, 32). Diderot compuso al final de su vida *Ensayo sobre la vida de Séneca* (1778), obra rebotante de devoción hacia el héroe romano; Nietzsche, cuyo estilo tanto recuerda al de Séneca, lo incluye en su lista personalísima de escritores «imposibles»: «Séneca o el torero de la virtud», lo llama probablemente aludiendo a sus raíces hispánicas (*Crepúsculo de los ídolos*, «IncurSIONES de un intempestivo»).

Si Séneca dejó una impronta duradera en la posteridad europea, en nuestro país llegó incluso a confundirse con la esencia misma de España, haciendo del senequismo la entraña de una supuesta españolidad. En el Barroco, Quevedo había propiciado el retorno del pensamiento al estoicismo y, entre todos los miembros de la escuela, Séneca era su preferido: tradujo sus *Epístolas*, redactó otras en la cárcel imitando su estilo y compuso tratados que adoptan a Séneca como mediador entre el paganismo y el cristianismo. Con todo, fue el noventayochista Ganivet, en *Idearium español* (1897), quien se atrevió a identificar a Séneca con el alma española: «Séneca —dice Ganivet— no es un español hijo de España por azar: es español por esencia». Ahora bien, ni siquiera él inventó lo español, sino que lo encontró inventado: «Solo tuvo que recogerlo y darle forma perenne —sigue el granadino—, obrando como obran los verdaderos hombres de genio». *El pensamiento vivo de Séneca*, título de María Zambrano aparecido en 1944, que se abre citando a Ganivet, parece compartir su tesis sobre el senequismo esencial de España, secundada después por Salvador de Madariaga y Menéndez Pidal.

La cuestión de la españolidad de Séneca fue abordada por Américo Castro, pero solo para negarla con sus gotas de sarcasmo. Había sentado en *La realidad histórica de España* (1952) el siguiente presupuesto historiográfico: los españoles son el resultado del entrecruzamiento de tres castas de creyentes, a saber, cristianos, judíos e islámicos. Por tanto, «no había aún españoles en la Hispania romana ni en la visigótica» y «solo una alucinación, explicable por una especie de psicosis colectiva, pudo hacer de Séneca y de su filosofía un fenómeno español». Castro remata su enmienda a la totalidad con esta pintoresca comparación: «La idea de un senequismo español equivaldría a llamar maya a la poesía de Rubén Darío».

CUATRO ENTORNOS

Para comprender rectamente la polifacética figura de Séneca, es preciso antes situarla en su entorno, o más bien, sus entornos, que son cuatro.

En primer lugar, el histórico: la familia Julio-Claudia. Séneca nace durante el reinado del primer miembro de esta familia imperial y muere durante el del último.

Durante la República el poder estaba dividido entre los dos cónsules y otras magistraturas, por un lado, y, por otro, el Senado, controlado por unas seiscientas familias. La separación de poderes garantizaba las libertades republicanas. Tras el asesinato de Julio César y la toma del poder por Augusto, la soberanía se concentra en una sola de esas familias senatoriales, con exclusión de todas las demás, la familia Julio-Claudia, de la cual salieron cinco emperadores: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Dada la dudosa legitimidad política del trono que ocupaban, los cinco tendieron a degradar las funciones del Senado, sospechoso de nostalgias republicanas. En el Principado, las decisiones eran tomadas no por el Senado, sino por el emperador y su círculo de amigos, en torno a los cuales se formó una corte. La familia que se había adueñado del Estado exigía la adhesión incondicional de familias aristocráticas y senadores, quienes, temiendo ser acusados de traición, prodigaban adulaciones al emperador y practicaban el culto a su personalidad.

El principal problema del Imperio era la sucesión en el trono, como ocurre siempre en las monarquías militares, en las que no suele estar reglada y la ambigüedad resultante alienta la ambición de

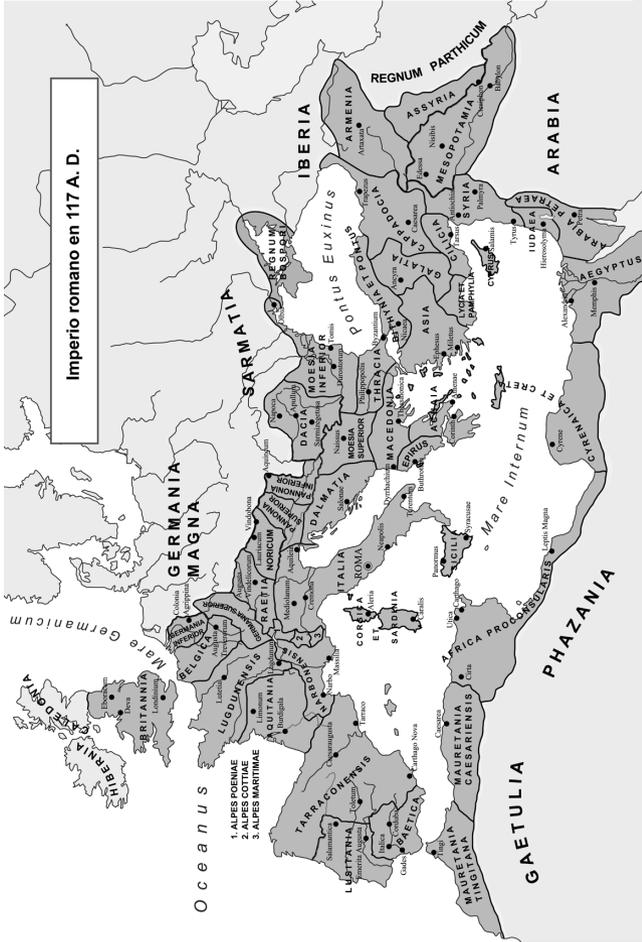
muchos candidatos en pugna. Durante la dinastía Julio-Claudia, al menos un principio fue respetado: el emperador debía pertenecer a dicha familia. Pero la transmisión no era automática y, a veces, tras intrigas y conspiraciones palaciegas, debía intervenir la guardia pretoriana para, sin más formalidades, proclamar públicamente al nuevo emperador por ovación. Pese a esas turbulencias domésticas, durante dicha dinastía se completaron casi enteramente los límites geográficos del Imperio romano, de modo que la política general y militar del emperador no será a partir de entonces tanto extender esos límites como defenderlos.

El segundo entorno es el literario. Con Julio César y Augusto maduró el período clásico o la edad de oro de la literatura latina, donde descuelan nombres como Cicerón, Virgilio, Horacio, Tito Livio, Ovidio y otros.

En la segunda mitad del siglo I d. C., a partir de Nerón, advino en Roma un segundo florecimiento literario: el llamado período posclásico. Séneca se sitúa al principio de ese período, Tácito y Juvenal, al final. Los posclásicos son los primeros escritores latinos que disponen de unos modelos en su lengua, los clásicos mencionados, que, por su reconocida

perfección, son dignos de imitar y son estudiados por los niños en la escuela. Ahora se impone la convicción de que, en el fondo, la cultura griega y la romana son una y la misma, la cultura grecorromana, que se expresa en dos lenguas. Las *Vidas paralelas* de Plutarco, compuestas por entonces, confirman la conciencia de esta identidad unitaria. Por cierto, entre los posclásicos abundan los de origen hispánico: además de Séneca, el geógrafo Pomponio Mela, el agrónomo Columela y el retórico Quintiliano, entre los prosistas, y entre los versificadores, Lucano, poeta épico, y Marcial, autor de epigramas.

El entorno literario señala la dirección a esa forma de literatura que es la filosofía. El helenismo, iniciado con la muerte de Alejandro en el 323 a. C., ya no reposa en la antigua *polis*, la ciudad-Estado, como en la cultura anterior, sino que se identifica, por arriba, con los nuevos reinos creados, y, por abajo, con los individuos, anhelantes de felicidad. Ahora bien, la felicidad no es un tema reservado a unos iniciados, los miembros de una academia (como los platónicos o los aristotélicos), sino que incumbe a todo el mundo. Por consiguiente, la filosofía helenística trasciende los estrechos muros de los profesionales de la filosofía y se abre a la ciudadanía general.



Mapa del Imperio romano

Las dos principales escuelas filosóficas del helenismo, el epicureísmo y el estoicismo, tienen el objetivo común de definir la felicidad del sabio, aunque lo hacen de manera diferente. Los seguidores de Epicuro veneran al fundador carismático y sacralizan su doctrina, considerada canónica ya desde su nacimiento, que por esa razón no evoluciona a lo largo de los siglos. En cambio, el fundador del estoicismo, Zenón, es solo uno más de la escuela, y la doctrina estoica es una creación colectiva que va variando en cada época: Estoa antigua, media, romana. En Roma, el estoicismo se introdujo a partir del siglo II a. C. y gozó de tanta respetabilidad que fue incorporado a los planes de instrucción general del romano. Panecio y Posidonio todavía escribían en griego. Será Cicerón quien, al exponer la doctrina de la escuela en *Sobre los deberes* y *Sobre los fines de lo bueno y de lo malo*, vierta la jerga del estoicismo al latín, como Lucrecio lo había hecho antes con la del epicureísmo. Cuando, durante el posclasicismo, Séneca escriba filosofía estoica, lo hará con más libertad de pensamiento que si fuera epicúreo y, además, podrá partir de la traducción de conceptos ya realizada por Cicerón para mejorarla y dotarla de mayor naturalidad.